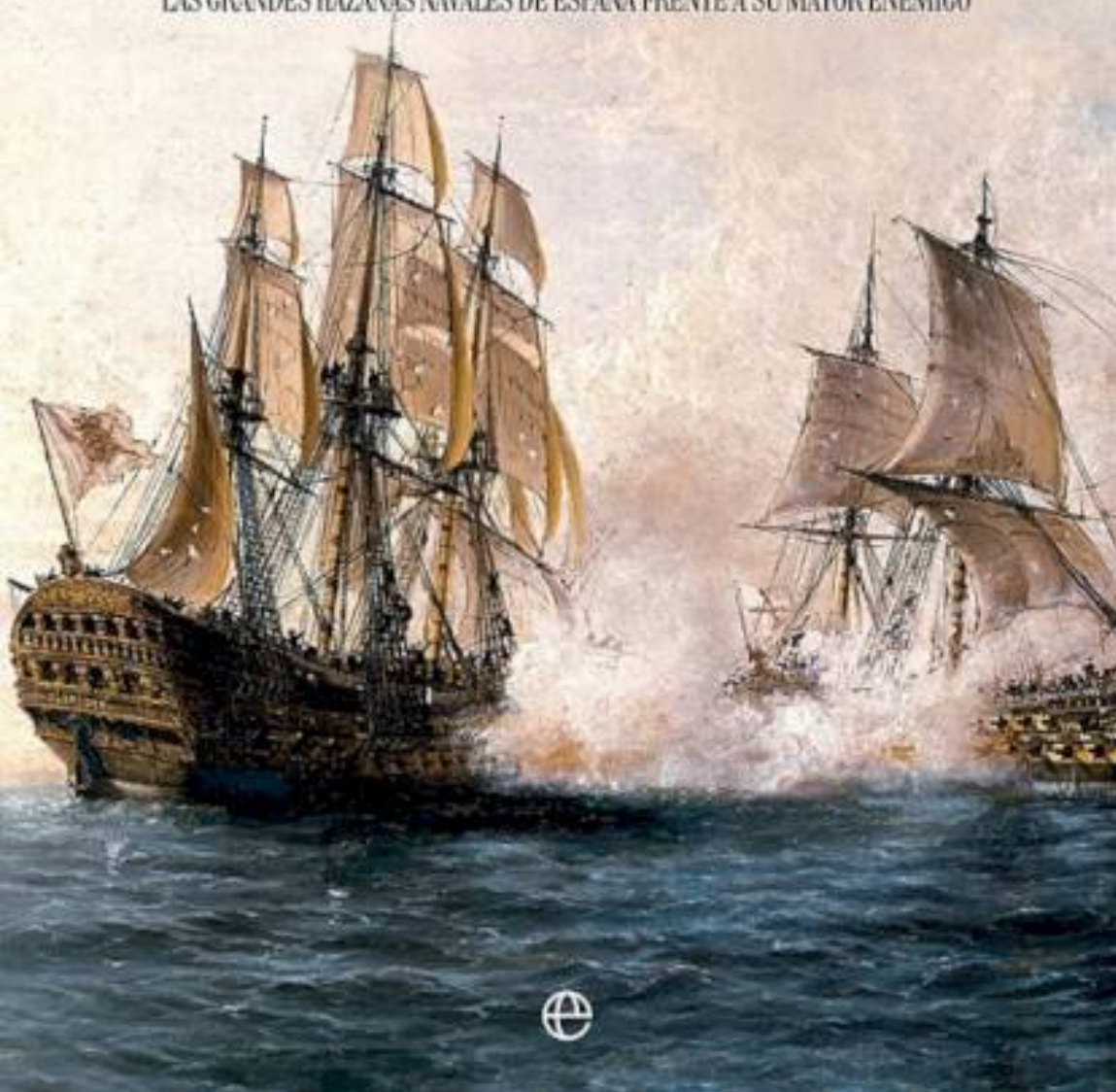


Álvaro van den Brule A.

# INGLATERRA DERROTADA

LAS GRANDES HAZAÑAS NAVALES DE ESPAÑA FRENTE A SU MAYOR ENEMIGO



## ÍNDICE

*Prólogo*, por Esteban Hernández

*Prefacio*

1. Castilla golpea a Inglaterra. La Rochelle
2. El almirante Tovar ataca Londres
3. Pero niño. El castellano que prendió fuego al sur de Inglaterra
4. La batalla de San Juan de Ulúa. El cazador cazado
5. La increíble gesta del capitán Cuéllar
6. Francis Drake, un mito vacío
7. La batalla de la isla de las Flores
8. La batalla de Kinsale. Entrando por la puerta de atrás de Inglaterra
9. Año del Señor de 1595. La batalla de Cornualles
10. Blas de Lezo. Palabras mayores
11. *El glorioso*. Épica a raudales
12. Jorge Juan. Un espía español en el corazón del imperio
13. Un golpe histórico. El doble convoy
14. Pensacola. Una catástrofe sin paliativos
15. La batalla de Tenerife. Nelson derrotado
16. Todas las derrotas de Nelson
17. Inglaterra, de derrota en derrota. Buenos Aires, 1806
18. Algunas derrotas más entre la épica y la leyenda

*Epílogo*

*Bibliografía selecta*

*Créditos*

## PRÓLOGO

Álvaro van den Brule es una fuerza de la naturaleza. Posee esa clase de personalidad que te hace pensar que en otra vida ha sido capitán de un navío que combate a los piratas ingleses u oficial en los tercios de Flandes. Piensas en él como uno de esos soldados nobles que se batían denodadamente para defender cada palmo en una batalla. De ahí nace su escritura: es vívida e impetuosa, como si pretendiera que lo narrado se escapase de la página; también es un punto ingenua, fruto de ese sentido de la justicia que se podría imaginar en un castellano viejo (dicen los catalanes que los vascos son los castellanos del norte, y en el caso de Álvaro sería cierto); pero, sobre todo, es imaginativa: sus imágenes florecen fruto de un lenguaje peculiar y propio, surgido de la afición poética, y algo de esa alquimia penetra de continuo su prosa.

Son ya varios años los que Van den Brule lleva reviviendo la historia de España en *El Confidencial*, donde recoge semanalmente aspectos olvidados de nuestro pasado, como esos héroes que han quedado sepultados por la inquina, el desagrado o la ignorancia patrios, o a esos personajes y acontecimientos que deberíamos tener presentes para entendernos mejor. Vivimos en un mundo que se mueve entre la urgencia de lo inmediato y la continua proyección, de modo que nos preocupamos por resolver los problemas de ahora, sin mirar más allá, o recogemos

previsiones y predicciones que tomamos como ciertas pero que quizá no ocurran nunca. Eso nos lleva a olvidarnos de lo que fuimos, porque en este mundo que marcha a toda velocidad, en el que lo que inventamos hoy parece quedar obsoleto mañana por la mañana, donde todo es actualización y cambio, echar la vista atrás es interpretado como la mera pérdida de un tiempo precioso en la carrera sin fin del presente. Por eso es de agradecer que Álvaro nos lleve de la mano a otras épocas españolas y nos conecte con nosotros mismos. Máxime cuando no lo hace desde una perspectiva ortodoxa: su mirada no es la del historiador, sino la de ese hombre noble, con grandes sentimientos y un acentuado sentido de la justicia, que se sorprende, se emociona, se enerva o se sulfura con hechos y personajes concretos de nuestro pasado.

A Álvaro no le conocí por sus escritos, sino por su intervención en una junta de accionistas de un importante banco español, en la que empuñaba la palabra para, de una manera educada y amable, como es él, lanzar un argumento tras otro, un razonamiento tras otro al presidente y a la junta de la entidad. Por supuesto, su intervención careció de consecuencia práctica alguna, como todos, incluido él, imaginaban, pero eso no era impedimento para decir en público unas cuantas verdades. Fue tiempo después de que empezara a publicar su columna en la sección que dirijo cuando caí en la cuenta de que ese entregado y apasionado articulista con el que contábamos era el mismo que había tomado el micrófono para defender aquello en lo que creía. No me resultó extraño, porque esa es la actitud que emplea cuando se sienta frente al ordenador, una sinceridad que es muy de agradecer.

En sus textos se dejan adivinar unas cuantas grandes obsesiones. Una de ellas es el recuerdo de esos héroes que la España de hoy ha decidido desgraciadamente no tener en su memoria. La otra es Inglaterra. Quizá porque la idea que ha perdurado, tras Trafalgar y la Armada Invencible, es

que los británicos han salido siempre victoriosos en las guerras con España, un mito que Van den Brule quiere derribar, quizá por la antipatía que tiene a nuestros amigos anglosajones por los métodos que han empleado en esas guerras, o quizá simplemente porque disfruta recordando episodios guerreros que han sido pasados por alto. Sea el motivo que sea, espero que el lector revise todos estos capítulos de nuestra fraternal relación con nuestros primos ingleses con el mismo placer con que sus seguidores de *El Confidencial* leen sus textos semana tras semana.

ESTEBAN HERNÁNDEZ,  
jefe de redacción de *ElConfidencial.com*

## PREFACIO

Nada impide que a nuestros honorables adversarios ingleses los reconozcamos como dignos rivales durante los cientos de años de nuestra historia compartida en los siglos precedentes. Como correosos y esquivos, y como contrincentes singulares y de méritos reconocidos. Inglaterra fue durante un larguísimo tiempo un enemigo hábil que luchó a cara de perro y que nos plantó cara en igualdad de condiciones, usando sus escasos y limitados recursos con una habilidad sorprendente.

Al principio de su ser como nación, tenía una minúscula flota y un territorio que no daba ni de lejos para alimentar a la población en él instalada (esto, hasta que les llegó su revolución agrícola y, casi seguida, la industrial en el siglo XIX). Pero poco más tarde —de la necesidad se hace virtud—, un potente imperio marítimo con métodos bastante cuestionables, pero que a la postre les ha dado muy buenos resultados, emerge de aquellas aguas impregnadas en brumas permanentes y, contra nuestras opciones hegemónicas, las de un imperio de clara vocación terrestre, comienza un largo contencioso con un enorme coste humano, económico y militar.

Los vastos territorios inabarcables que la historia vino a darnos en su caprichoso reparto de cartas, curiosamente estaban rodeados de enormes masas de agua por las que pululaban los ingleses «como Pedro por su casa».

En su génesis, este temprano pulso ya apuntaba maneras cuando todo comenzó en el tiempo de las primeras razas castellanas de los siglos XIV y XV, tensión que se mantuvo viva durante más de quinientos años, con altibajos favorables a uno y otro bando.

Con el reconocimiento por delante al empeño y a los lances brillantes desarrollados por ambos lados durante esta larguísima guerra en la que hubo poquísimos paréntesis de paz, se hace necesario destacar que el *marketing* de nuestra historia y de nuestras tremendas victorias sobre estos dignos adversarios, ha sido opacado o puesto en sordina por sus voceros, a la par que olvidado por los nuestros.

Por ello se me antoja necesario recuperar esa memoria histórica tan olvidada —cuando no enterrada o asfixiada directamente en un oneroso silencio— en la siguiente exposición, para que la conozca nuestra generación, la que se está yendo o las que vendrán, ya sea en las escuelas e institutos, en las universidades, en las tertulias, o en el fuero interno de cada español, allá donde estén nuestros abuelos en su aposento tranquilo en el tiempo, o las amas/os de casa ociosos en algún momento de asueto, o quien quiera que le guste leer por la noche con el recogimiento cómplice del silencio; que sepan que una vez muy larga en el tiempo fuimos grandes sin contestación alguna, a pesar de que la historia en España, como otras disciplinas que requieren reflexión y crítica, es en este país de casi obligado pensamiento único por la trágica dictadura de los medios y el consentimiento cómplice de sus consumidores, como ese plato de segunda mano que todos conocemos como «ropavieja» o un *deja vu* bastante inquietante.

Por ello, se hace necesario poner el acento en hechos a los que no se les ha dado la trascendencia o pábulo suficiente como para apartarlos de las equívocas zonas de umbría y rescatarlos a la luz para ponerlos en valor, ya no solo por el merecimiento del hecho en sí ante los anales de la historia, sino por el agradecimiento o reconocimiento que

nos merecen aquellos hombres y mujeres que en momentos determinantes o críticos para nuestras banderas nos dieron victorias y prestigio con su entrega, y con toda probabilidad, continuidad como nación.

Probablemente el escenario donde mayor número de hechos de armas y victorias se han producido sea en el larguísimo contencioso desarrollado, primero con Inglaterra y más tarde con Gran Bretaña.

Dentro de estos hechos de armas, las victorias de nuestro país han sido muchas y de calidad frente a un adversario cuando menos tremendamente correoso y de dificultad notable. Pero le vencimos muchas veces aplicándole derrotas contundentes y sonadas, que su aparato de propaganda sabiamente ha sabido atenuar con discursos jibaros o de un reduccionismo implacable.

Las derrotas sufridas por los ingleses a lo largo de su dilatado contencioso con España han sido durísimas en lo estrictamente militar, ocupando líneas anecdóticas en la *Enciclopedia Británica*, y algunas menciones de pasada en las academias militares de Sandhurst, Dartmouth o Cranwell. La impresión que parecen querer dar es la típica de que aquí no ha pasado nada o la más coloquial de «a mí que me registren».

A lo largo de los siguientes episodios, que he tratado de dotar de una ligera patina de humor e ironía, he intentado poner de relieve el proverbial cinismo, cuando no contumacia, de nuestros trabucaires vecinitos del norte.

Además, he querido, respetando mi admiración por Inglaterra y sus logros, poner en forma los ocultamientos que con su elaborada prestidigitación han concluido en lo que a ellos les ha parecido un paseo militar por la historia, que no es otra cosa que una sucesión de severas derrotas (y cómo no, algunas victorias) encadenadas una detrás de otra, pero sabiamente maquilladas con un arte digno de encomio, cuando no de asombro, para los que nos asomamos con curiosidad y respeto, con humildad y reservas, ante lo que

ya damos por cierto de antemano, que es que las verdades absolutas no existen, que los hechos son siempre sujetos de interpretación y, a la par que ciertos, pueden ser contradictorios, y que el esfuerzo por acercarse entre los pueblos se hace cada día más necesario ante las lecciones aprendidas del pasado. Claro está, si queremos llegar a sobrevivir como especie.

El resultado es una relación, a mi juicio rigurosamente seleccionada por su importancia estratégica, o por su enorme difusión puntual en momentos determinados de la historia; creo, con la inestimable ayuda y confianza de mi editor, Félix Gil, a quien debo esta oportunidad de contribuir a ventilar las zonas erróneas de nuestro olvidado pasado, haber confeccionado una obra cuando menos justa y reivindicativa para con aquellos tiempos en los que fuimos grandes.

Asimismo, desde estas líneas quiero enviar mi agradecimiento a dos personas muy destacadas en mi devenir como explorador de la historia y presunto historiador. Una es mi jefe de redacción, Esteban Hernández, en el periódico en el que trabajo como columnista desde hace seis años todos los sábados, *ElConfidencial.com*, que siempre puso su confianza en mi quehacer en una sección tan delicada como es la historia de España, que bien podría decirse que es la historia de una jaula de grillos. Mi agradecimiento más sincero hacia su persona, por su ayuda y por el sostenido compromiso otorgado a este amante de la historia.

Sobre la otra persona, no puedo decir mucho más, pues, a pesar de mi insistencia por expresarle mi agradecimiento de forma destacada —este libro es una consecuencia indirecta de una puerta que él me abrió con gran generosidad en su momento—, no desea ser mencionado como mi mecenas por voluntad expresa. Me alegraría compartir el gran momento de la publicación de este libro con él cuando vea la luz, y será un enorme placer si me honra dedicándole el primer ejemplar que firme.

Finalmente, mi agradecimiento a la prestigiosa editorial La Esfera de los Libros, por apostar por un desconocido, como es mi caso. Espero no defraudar a quienes me eligieron para esta apuesta, y darle al lector de este libro que pretende divertir e instruir a la par, lo que se merece, y no defraudarlo en sus expectativas.

Gracias a todos de antemano; confío en que esta aproximación a la verdad nos haga más conscientes de que tenemos un gran país, aunque algunas veces esté nublado.

## 1

CASTILLA GOLPEA  
A INGLATERRA.  
LA ROCHELLE

Cuando la Edad Media embocaba la recta final, cuando ya había sido superado el Periodo Oscuro regido por los agoreros vientos milenaristas, cuando el conocimiento había sido relegado a algunos selectos monasterios o albergado cuidadosamente en discretos e inaccesibles laboratorios conducidos por barbudos alquimistas, cuando la terrible y devastadora Guerra de los Cien Años parecía comenzar a diluirse en la sustancia del tiempo; dos reinos emergentes en el plano político internacional, pero añejos en su presencia ante la historia, parecían condenados de manera inexorable al enfrentamiento.

El reino del norte, llamado Inglaterra o tierra de los anglos, un reino rodeado de aguas aislantes que lo blindaban de las invasiones, era una pequeña amalgama de pueblos originarios como los pictos, celtas britanos, los romanos residuales parapetados tras la Muralla de Adriano, sajones originarios de Germania, etc., en la que unos siglos más tarde, vendrían a sumarse unos feroces invasores provenientes de los gélidos mares del norte, los vikingos.

Habitado a una subsistencia donde la agricultura daba lo justo y con una economía de horizonte muy cerrado,

este pueblo insular se vería abocado a buscar su solución vital en el mar.

La exigencia impuesta por las carencias propias de una economía tan limitada los empujaría a la lucrativa práctica de una actividad aparentemente deshonrosa en principio, pero que con empeño y regularidad asidua los convertiría en los dominadores del mar. La piratería elevada a la categoría de arte llevaría el sello inglés durante los próximos siglos.

Esta práctica un tanto atípica y manifiestamente censurable desde el punto de vista de las saludables relaciones internacionales o de lo que se espera de ellas en pueblos civilizados, sería, a la postre, la que ocasionaría un colosal enfrentamiento entre estos amigos de lo ajeno y el otro gran reino del sur de la Europa continental, Castilla.

Los mimbres para que se diera esta gran colisión no vendrían exclusivamente de la habitual trapacería inglesa, sino que una serie de circunstancias históricas coadyuvaría a que la carambola del caprichoso destino empujara lo suyo para propiciar este trágico enfrentamiento.

Entre 1366 y 1369, en la recia Castilla se había desarrollado una durísima guerra civil entre Pedro I el cruel y su hermanastro Enrique, llamado el bastardo. Ambos bandos buscarían apoyos en el extranjero. Pedro convocaría a los ingleses, que gustosos vendrían a hacer caja enviando al famoso Príncipe Negro o Príncipe de Gales —un líder militar excepcional—, que con un ejército mixto de caballeros y mercenarios derrotaría a Enrique en la batalla de Nájera. Enrique, que se la tenía jurada a su hermanastro, conseguiría a la postre una alianza con los franceses. Como corolario a este entuerto, Enrique acabaría destrozando a los ejércitos de Pedro, que finalmente moriría asesinado. Por esta razón, la política exterior castellana establecería unos vínculos sólidos con Francia y se posicionaría en abierta hostilidad hacia Inglaterra, más allá de que los impenitentes ingleses, en su afición por las cosas que no les eran propias, hicieran

verdaderos esfuerzos por no evitar el conflicto que se les venía encima.

Antes de pasar a mejor vida, Pedro I había casado a sus hijas con los duques de Lancaster y York; en consecuencia, los ingleses, a los que no había que esforzarse mucho en convocarlos para afanar, reivindicaron la corona de Castilla. Argumentaban, para sostener sus derechos, que eso de asesinar a un rey legítimo y poner a un bastardo en su lugar no era muy apropiado. Finalmente las aguas volvieron a su cauce y en el tratado de Bayona de 1388 se acordaría el matrimonio del heredero castellano Enrique III el doliente, con Catalina, la hija del duque de Lancaster, serenándose los ánimos de ambos bandos.

Pero la alianza con los franceses seguía en pie y el fantasma de la guerra también...

Como se ha dicho, la alianza franco-castellana se remontaba a la Guerra Civil Castellana (1366-1369), en la que Enrique de Trastámara, para contrarrestar los efectos de la coalición con Inglaterra por parte de su oponente Pedro I, firmaría con Carlos V de Francia un acuerdo de cooperación militar (Tratado de Toledo de 20 de noviembre de 1368) por el que Castilla debería aportar el doble de naves que los franceses en cualquiera de las operaciones navales conjuntas que se desarrollaran en el futuro.

Hacia 1369, Carlos V de Francia reanudaría las hostilidades en el contexto de la Guerra de los Cien Años con Inglaterra, violando de paso el tratado de Brétigny (1360), que había generado una ventana de esperanza entre los contendientes. Es probable que su decisión fuera tomada en la creencia de que podía contar con la ayuda de Enrique II de Castilla, poseedor de tres poderosas flotas, tantas como mares rodeaban a Castilla. Ello obviamente apuntalaba la nueva ofensiva con renovadas posibilidades de éxito. Por otra parte, el poderío naval británico estaba decantando a su favor la Guerra de los Cien Años. A Castilla le interesaba sobremanera aquella alianza con la temprana Francia y, de

paso, la posibilidad de acabar con la piratería inglesa que infestaba la costa francesa y hacía imposible el paso por el canal de la Mancha, con lo que el comercio de cereales y lana merina con Flandes y la Liga Hanseática se tornaba cada vez más difícil.

En el marco de sus planes, el rey francés pretendía asfixiar con todos los recursos a su alcance a la estratégica población de La Rochelle, posición clave para el control del ducado de Guyena y plaza estratégica de primer orden, hasta ese momento en poder de Inglaterra. En consecuencia, recabó la contribución naval castellana, y Enrique II envió una de las tres flotas al mando del almirante Ambrosio Bocanegra.

Al otro lado del canal, Eduardo III de Inglaterra plantearía una defensa a ultranza de dicha plaza, empleando ingentes recursos para formar una armada cuyo mando delegó en su yerno, el conde de Pembroke. Naves de transporte con más de 8.000 hombres, abundante material y vituallas, la paga de la soldadesca para los meses venideros y para los sitiados en la fortaleza, todo iba embarcado en aquella gran flota.

No hay que olvidar que antes del llamado del rey francés, Castilla, que estaba a lo suyo, mercadeaba tranquilamente con Flandes, el ducado de Aquitania, Portugal y Aragón, entre otros. Lo que hizo cambiar la doctrina militar del reino de Castilla para adaptarla a las nuevas exigencias en el escenario internacional fue, aparte del tratado de asistencia a los franceses de aquel entonces, la constante depredación y saqueo de un pueblo muy seguro de sí mismo gracias a su sempiterna insularidad. Pero este pueblo, el reino del norte, para su desgracia, había encontrado la horma de su zapato en un reino pujante, mil millas al sur.

El escenario en el que se iban a dirimir las diferencias entre castellanos e ingleses no era otro que el de la larga y cruenta Guerra de los Cien Años.

Los orígenes del conflicto en esta devastadora confrontación, estaban en la pretendida superioridad adquirida por los normandos al consolidarse en el trono de Inglaterra tras la famosa batalla de Hastings. Cuando Guillermo de Normandía y sus tropas provenientes del noroeste de la actual Francia derrotaron a los ingleses a domicilio en 1066, los normandos se vinieron arriba y reclamaron al rey de Francia, del que eran vasallos y tributarios, un trato de igualdad, o lo que viene a ser lo mismo, tutearse sin complejos; pero, obviamente, el punto de vista de Francia difería rotundamente. El hecho de que los normandos hubiesen ascendido al trono de Inglaterra no era razón para exonerarles de la sumisión tradicional del ducado a la corona de París.

Con el paso del tiempo, el embrollo iría subiendo de tono hasta situarse a las puertas del inevitable enfrentamiento por venir. Los pactos entre el rey de Francia y el de Castilla y el continuo hostigamiento a las naves castellanas que circulaban por las costas del oeste francés y el canal de la Mancha, con su corolario de saqueos y muertes, precipitarían lo inevitable.

Por aquel entonces, Castilla era un pequeño reino con poca presencia en el panorama político internacional; pero era un reino de gentes recias, muy resistentes a la adversidad y con un coraje y determinación que les habían llevado a ejercer una presión constante e indiscutible sobre unos incómodos vecinos portantes de vistosos turbantes y unos pequeños artilugios con cuentas parecidos a los rosarios, con los cuales invocaban constantemente a su dios con una corta y penetrante frase a modo de mantra: *Allahu Akbar*. Era una guerra secular y agotadora que consumía muchos recursos, pero que a la postre era favorable al reino castellano, que había tomado la medida a los hijos del Islam.

Castilla tenía escasas salidas al mar, pero mientras el poderoso reino vecino de Aragón era más partidario de navegar por su cocina doméstica —el Mediterráneo—, por la que andaban «como Pedro por su casa», los castellanos ini-